

en tanto que está *en otra parte*, supuesto lector en tanto que está abierto por el trabajo del pensamiento a la cuestión de su origen. Si el discurso de Maquiavelo se hace escuchar por todos, como el de la interpretación, si se denuncia a través de él un discurso-otro como el de la ideología, ello se debe a que, ahí donde estamos nosotros, Roma y sus guardianes nos hablan bajo otras figuras, a que la imagen de una verdad que ha tenido *lugar*, la fe en la «buena sociedad», sostienen siempre el deseo, y a que afrontamos la exigencia de librarnos de su influencia. El esfuerzo por leer en la obra un discurso anti-ideológico está así supeditado a una crítica de las representaciones que invierten *aquí y ahora* nuestra experiencia de la política. Tan necesaria es esta crítica, que, para reconocer en la obra la diferencia entre la interpretación y la ideología, ha sido preciso comenzar por forzar la barrera ideológica que impide el acceso a ella, es decir, desgarrar el tejido de comentarios que la ha recubierto. Sin embargo, nuestra empresa no padece tanto por callar las razones de esta crítica, por dejar en la sombra el lugar donde se forma y donde se mantiene en el presente la fascinación por Roma; si quisiese proseguirse, sólo podría renunciar a su conclusión, por habernos enseñado que la ideología, en nosotros y fuera de nosotros, apela al trabajo interminable de la interpretación, que se hace inaprehensible y refuerza su abrazo en cuanto creemos descansar sobre un saber adquirido; en fin, que la interpretación no se deja cercenar de la interrogación.

LA CIUDAD DIVIDIDA Y  
EL SENTIDO DEL REPUBLICANISMO.  
CONVERSACIÓN CON CLAUDE LEFORT

Esteban Molina: *Señor Lefort, ¿qué ha significado Maquiavelo en su trayectoria intelectual?*

Claude Lefort: Sin ignorar la distancia temporal que nos separa de él, considero a Maquiavelo un referente fundamental de mi obra. Pero he de precisarle de paso que en ninguna parte de mis escritos lo he erigido como maestro ni llamo a seguir lo que sería su enseñanza. Estoy convencido de que su experiencia y la nuestra no se solapan, pero que el camino que abre no está detrás de nosotros, que no ha terminado de explorarse, sino que, en cierto sentido, está todavía ante nosotros. Me sigo preguntando cómo es posible que Maquiavelo, escritor florentino, autor de *El Príncipe* en 1513, me conduzca a cuestiones que influyen en mi experiencia del mundo en que vivo.

E. M.: *¿Cuáles son esas cuestiones?*

C. L.: Maquiavelo plantea una cuestión que está en el centro de mis trabajos: la de la división social. Ésta es la cuestión que me orientó hacia sus escritos y que ha sido borrada por aquellos que han derivado el estado social de un estado de naturaleza. Maquiavelo no se preocupa del problema del origen de lo social. Éste será el problema de Hobbes y de muchos pensadores modernos. Para él hay una especie de evidencia de que el mundo social está ya dado. Sin duda, se interesa por el problema de la fundación de las ciudades, pero esto es diferente. ¿En qué condiciones son conducidos los hombres a crear una Ciudad? ¿Buscan, por ejemplo, un refugio contra los saqueadores? Aunque formula diversas hipótesis sobre las condiciones de su fundación, Maquiavelo sobreentiende que los hombres llevaban ya una vida colectiva, esto es, que aparecían siempre insertos en una trama social.

Maquiavelo se interesa, asimismo, por el modo de institución de la Ciudad. Ésta depende de las relaciones que establece quien tiene la auto-

ridad con el pueblo —entendiendo por pueblo el conjunto de los miembros de la Ciudad— y, más en concreto, depende de la relación que se da entre aquellos cuya condición es superior y el pueblo —entendiendo por pueblo, ahora, a la gran mayoría—. Dicho de otro modo, toda Ciudad se ordena en función de la disposición de la división entre la instancia del gobierno y los gobernados y entre la fracción de los dominantes —los Grandes— y la masa de los dominados —el pueblo—. Esta problemática ha suscitado mi interés y mi reflexión.

E. M.: *Marx, otro referente importante de su obra, piensa la división social. ¿Cuál es la diferencia fundamental con Maquiavelo?*

C. L.: A diferencia de Marx, Maquiavelo entiende la división social como constitutiva de la sociedad política y, por tanto, como insuperable. La cuestión que planteaba Maquiavelo era la de saber en qué condiciones la división, digamos de clase, podía expresarse o, por el contrario, permanecía disimulada, y cómo podía anclarse el poder en una Ciudad dividida. La idea de que Roma, la República por excelencia, la que tuvo más vida, disfrutó de una duración extraordinaria gracias a los conflictos entre el pueblo y los Grandes, entre la plebe y el Senado, esta idea rompe con la representación corriente que señala en la división y el conflicto el principio del declive. Es claro que el elogio de los tumultos no está asociado a la creencia en un estado final, como ocurriría en Marx, un estado en que las causas de la división serían suprimidas. Los tumultos, con tal de que sean suscitados por el deseo de libertad del pueblo, son buenos. Esto podría hacernos creer que el pueblo es bueno, pero Maquiavelo no dice eso. No dice tampoco que la ley reside en el pueblo. Algunas de sus palabras parecen ir en esa dirección. Por ejemplo, cuando pregunta a quién es mejor confiar la guarda de la libertad, responde que al pueblo. ¡De acuerdo! Pero no cree en la bondad del pueblo. Pone el acento en la fecundidad del conflicto.

E. M.: *¿Le es ajena a Maquiavelo la división entre ricos y pobres?*

C. L.: Maquiavelo no piensa la dominación en términos de explotación, aunque no sea en absoluto indiferente a los asuntos económicos. Maquiavelo conoce esa división, pero no le parece primordial. La división en función de la cual se organiza la sociedad no es una división de hecho, no es una división que sea el efecto de una necesidad natural surgida de la escasez de los bienes. Desde *El Príncipe* a los *Discursos* y a *Historia de Florencia*, Maquiavelo no varía un ápice su crítica a la tesis aristotélica de la moderación. La superioridad de los pocos, ligada como está a la riqueza, no inclina hacia la moderación, pues los que poseen quieren siempre adquirir más. No se trata de psicología. Maquiavelo tiene la idea de que la sociedad está siempre dividida entre los que quieren dominar y los que no quieren ser dominados. ¡Claro que es sensible a las cuestiones económicas! A este respecto se han escrito tonterías. Su

correspondencia y sus relaciones dan testimonio de ello; tiene un fino conocimiento de las relaciones de propiedad en Francia, Venecia, las repúblicas alemanas...

E. M.: *¿Puede usted explicar la naturaleza de esa división?*

C. L.: Hemos de insistir en que cuando Maquiavelo afirma que la sociedad está siempre dividida entre los que quieren dominar y los que no quieren ser dominados, no apunta a una división fáctica producida por accidente. La sociedad se relaciona consigo misma en la división, es el lugar de dos humores: uno lleva a mandar y a oprimir, el otro a no ser mandado ni oprimido. Pero estos dos humores o deseos no son extraños el uno respecto del otro. La Ciudad forma un todo; tiene una representación de sí misma en virtud de una separación primera. Esto aclara la idea de que el deseo del pueblo debe ejercer una coerción sobre los Grandes. Allí donde el pueblo es fuerte, reivindicativo, sólo allí, el deseo de los Grandes puede ser contenido —al menos en una república—. De este modo, bajo el efecto del conflicto, nacieron en Roma todas las leyes buenas. Por el contrario, allí donde los Grandes dominan absolutamente, la ley se convierte en su propiedad, la sociedad entera es sometida. Así, la resistencia del pueblo, es más, sus reivindicaciones, son la modificación de una relación fecunda con la ley que se manifiesta en la modificación de las leyes establecidas. La creación en Roma del cargo de tribuno es un ejemplo de esto. Maquiavelo indica que el comienzo de la decadencia romana se debe a una imprudencia de los Gracos, no a un error de la República, o a un defecto. El pueblo no es, por tanto, una entidad positiva y la libertad no es definible en términos positivos. La libertad está ligada a la negatividad en el sentido de que implica el rechazo de la dominación. Tal es, a mi modo de ver, uno de los resortes principales de la argumentación de Maquiavelo que, por lo demás, ya se hace sensible en *El Príncipe*: cuando la ley es decadente, cuando ya no hay posibilidad de vivir en República, es necesario que el príncipe restituya una trascendencia a la Ciudad encarnando la «majestad del Estado»; que haga creer en una autoridad por encima de todos. Esta tarea sólo puede cumplirla apoyándose en el pueblo, pues si no aparece más que como *primus inter pares* siempre estará amenazado por los Grandes.

E. M.: *¿No significaría esto que las repúblicas no pueden garantizar por sí mismas la paz y que sólo puede hacerlo un poder soberano, absoluto?*

C. L.: El argumento de Maquiavelo es muy sutil, pues indica que el príncipe —aquí sería necesario tener en cuenta lo que dice sobre la creencia y sobre la apariencia— se arriesga a la ruina si decide ser bueno, que debe ser malo si es necesario y, simultáneamente, indica que debe procurar no dar mala imagen, que ha de temer ser odiado por el pueblo y, por encima de todo, despreciado por él. En definitiva, cuando los

hombres no sienten algo por encima de ellos, esto es, la ley —esa ley que en la República es puesta en juego por el conflicto sin ser su producto—, tiene que haber un príncipe que se inspire en el modelo republicano hasta donde sea posible, es decir, sin dar la libertad al pueblo. Es necesario que el pueblo le procure su adhesión.

Como he dicho antes, la argumentación de Maquiavelo es sutil. Por una parte, afirma que los hombres deben ser considerados malvados, ingratos, cambiantes —juicios que se suelen citar con gusto—, y, por otra parte, que el príncipe no debe temer al pueblo, que debe armarlo, apoyarse en milicias populares, en lugar de servirse de mercenarios o tropas auxiliares. Anota, entonces, que los hombres gozan tanto de los placeres que dan como de los que reciben; declara que el pueblo saldrá en socorro del príncipe cuando sea asaltado, por poco que el príncipe haya contado con él y le haya confiado su defensa. Es cierto que este argumento no es dictado por consideraciones morales, pero tampoco podemos llegar a la conclusión de que representa una posición estrictamente amoral, pues lo que debe guiar al príncipe, lo repito, es el modelo de la República.

E. M.: *¿Sería esta «amoralidad» del poder moderno la que convertiría a Maquiavelo en el primer técnico moderno de la política, como sugiere Leo Strauss?*

C. L.: Maquiavelo no puede ser definido como un técnico de la política. Esta apreciación es sorprendente, incluso me deja estupefacto. Maquiavelo es el pensador que, por primera vez, establece una distinción tajante entre tres tipos de régimen: el despotismo, encarnado por los turcos; la monarquía limitada por los barones, cuyo ejemplo es Francia; y la república, y que, además, distingue las repúblicas corrompidas de las verdaderas repúblicas. ¿Cómo puede ser que a un escritor que dedica varios capítulos de sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* al problema de los regímenes corruptos, se lo considere un técnico puro de la política, o un autor cínico o amoral?

Entre los fundamentos de la república está la igualdad, y no hay duda de que, por este hecho, el régimen republicano es el régimen superior. O sea, es en los *Discursos* donde Maquiavelo manifiesta claramente su convicción. Pero ya se deja entrever en *El Príncipe*. Así, desde los primeros capítulos, en que se interesa por el problema de la conquista, en que indica los mejores procedimientos para adquirir y conservar un Estado extranjero —procedimientos que dependen de la naturaleza de ese Estado—, viene a considerar la conquista de una república para mostrar que su conservación presenta las mayores dificultades. Sin duda recuerda usted el pasaje que evoco<sup>1</sup>. ¿Qué debe hacer el príncipe? ¡Cuidado, advier-

te Maquiavelo, las repúblicas tienen más vida! Las repúblicas, añade, no pierden nunca el recuerdo de las libertades de que han gozado. Por tanto, en el momento en que aparenta situarse en el terreno de la pura técnica política, no cabe duda de su valoración de la superioridad política de las repúblicas. Es curioso que grandes intérpretes, como Leo Strauss, no tengan en cuenta esta clase de propósitos.

Para mí, todo lo que Maquiavelo dice sobre el modo de acción política es apasionante; es uno de los pocos pensadores, quizá el único, cuya reflexión se ejerce a partir de estos dos polos: la naturaleza de la Ciudad —la distinción de regímenes— y la conducta del actor. Esta conducta es modelada de forma diferente en una república que en un principado. Maquiavelo asocia la inteligencia de la acción a la de la institución. En Maquiavelo, precisamente, no hay separación entre lo que sería el objeto noble del pensamiento —lo político— y lo que sería el objeto trivial —la política—. Si me importa la política, es porque implica mezclarse con los acontecimientos. El ataque terrorista del 11 de septiembre, por ejemplo, exigía saber si uno estaba a favor o en contra de declarar la guerra al régimen talibán. Pero Maquiavelo nunca hubiera aconsejado la neutralidad.

E. M.: *¿Sería aquella defensa de la separación de moral y política lo que le seguiría acarreado tan mala prensa a Maquiavelo?*

C. L.: La cuestión tiene que ver con el hecho de que lo político y la política se entrecruzan y se distinguen a la vez. No nos perturba, por ejemplo, ver a Aristóteles preguntarse por qué medio lograría conservarse una tiranía, pues esta investigación está situada en una obra que persigue determinar los rasgos de los diversos regímenes políticos y del mejor régimen posible. Pero nos indignamos de que Maquiavelo estudie las acciones más variadas, incluidas las más repugnantes, y de que quiera comprender lo que revelan del deseo de aquellos que las ejercen, de su capacidad de medir los efectos de su decisión, o de los humores del pueblo, supuestos cierto estado social, cierta coyuntura y cierta configuración de fuerzas. Nadie, sin embargo, se escandaliza de que un historiador reúna los errores cometidos por Hitler a lo largo de su carrera —en particular, haber atacado Rusia— o bien los errores cometidos por Stalin —sobre todo, haber tenido fe en su alianza con Hitler—. El historiador no es, por eso, acusado de defender el nazismo o el estalinismo. Por el contrario, a Maquiavelo se lo considera diabólico por haber desplegado el más amplio abanico de figuras de la acción política. Pero, ¿por qué? Con una deslumbrante agilidad —el pensamiento mismo debe prestarse al movimiento y estar siempre en movimiento— distingue lo que, aquí y allá, tiene sentido y lo que no. ¿A los ojos de quien la ama, qué es peor para la democracia actual? ¿Que sus dirigentes sean ambiciosos, que se entreguen a defender sus intereses particulares, o bien que actúen como

1. Lefort se refiere al cap. V de *El Príncipe*: «De qué manera han de gobernarse las ciudades o principados que antes de ser ocupados vivían con leyes propias».

imbéciles? La cuestión no es planteada exclusivamente por el filósofo, con frecuencia la plantea el ciudadano corriente —cuyo punto de vista es tan valioso para Leo Strauss—. Maquiavelo no pone todos los regímenes en el mismo plano, ni mucho menos sugiere que el terror sea un medio de gobierno entre otros; lo que se pregunta es en qué condiciones puede ejercerse el gobierno con éxito, habida cuenta de los fines que se persiguen. Sólo conozco a un escritor que siga este camino sin nombrarlo y sin generalizar su método: Edgar Quinet. En su *Revolución*<sup>2</sup> no teme decir que en 1793 los terroristas no han comprendido lo que era el Terror, que se habían equivocado de época, pues la suya los condenaba al fracaso; tampoco teme componer un modelo del «verdadero Terror» tal y como se practicaba en Venecia o en el Imperio romano. Quinet fue insultado; creyó que tenía que defenderse en la segunda edición de su libro y explicar la función de su argumento y protestar de su supuesta tolerancia del Terror. En su tiempo, si Maquiavelo hubiera tenido ocasión de hacerlo, no se hubiera justificado. Escribía para aquellos que querían entenderlo y no se imaginaba convenciendo a sus enemigos. Por lo demás, unía al deseo de conocer el gusto por el humor. Eso ha sido suficiente para dirigir contra él a lo largo de siglos a un gran número de sus lectores y a apartar a aquellos que querían convertirlo en un «amigo del pueblo». El juicio de Nietzsche sobre el autor de *El Príncipe* da en el blanco. En un pasaje bastante ácido contra los filósofos alemanes, escribe: «[...] ¿Cómo la lengua alemana, incluso en la prosa de un Lessing, podría imitar el ritmo de un Maquiavelo que, en su *Príncipe*, nos hace respirar el aire seco y sutil de Florencia, y no puede evitar exponer las cuestiones más graves al ritmo *allegro*; atreverse, no sin un cierto placer maligno, a este contraste; someter largas, pesadas y peligrosas frases a un ritmo de galope del más insolente buen humor?»<sup>3</sup>.

E. M.: No puede entenderse el pensamiento de Maquiavelo sin vincularlo al republicanismo, o humanismo cívico, de su tiempo. ¿Cuáles eran las propuestas de este republicanismo, referente hoy de la corriente neorepublicana que reúne a Pockock, Skinner, Pettit...?

C. L.: Hay que volverse hacia Florencia para encontrar el origen del republicanismo. ¿Cuál es la naturaleza del republicanismo tal como se lo puede concebir en los discursos y escritos de los cancilleres Salutati, Bruni y de un pequeño número de humanistas que comparten los mismos valores? Si tomamos primeramente en consideración su constitución, la República florentina no es ni aristocrática ni democrática; lle-

2. E. Quinet, *La révolution*, Lacroix, Paris, 1865; reed. Belin, Paris, 1987; con un prólogo de Claude Lefort.

3. F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, trad. de A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1972, aforismo 28.

varía la marca de un régimen mixto (*forma mixta civitatis*) que excluiría del poder a los dueños de las mayores fortunas y a los que no poseen ninguna propiedad, apoyándose esencialmente en las clases medias. La constitución, aunque según las circunstancias privilegie el elemento oligárquico o el democrático, permanecería fiel a su espíritu en el curso del tiempo gracias a la integridad de las costumbres de los florentinos. En otros términos, el derecho dependería del estado de las costumbres. Si consideramos estas costumbres, la república sería aquel régimen en el que la virtud cívica supone el sacrificio del interés personal, incluso de la vida del ciudadano al bien común. La ética política, la privada, la militar, la comercial, la científica se combinarían al servicio del ideal de la *vita activa* y del *vivere civile*. Los magistrados, los ciudadanos que cumplen su deber en las asambleas, los capitanes, los comerciantes y los hombres que se entregan a los *studia humanitatis*, esos eruditos que traducen y comentan los textos de los antiguos, contribuirían así de manera semejante a la grandeza de la Ciudad. Si consideramos ahora la vida política, la concordia procuraría el mayor bien; de ella nacería la estabilidad de las instituciones; el peligro residiría en la existencia y rivalidad de las facciones. En lo que se refiere a la vida social, todos los ciudadanos disfrutarían de los mismos derechos; es más, teniendo en cuenta su valor, disfrutarían de las mismas oportunidades de acceder a los honores públicos. Lo que haría a un hombre noble no sería su nacimiento sino su trabajo. Por lo que hace a la seguridad y la independencia de la Ciudad, el régimen se deslegitimaría a sí mismo si reclutara mercenarios o ejércitos extranjeros para las tareas de defensa; por el contrario, necesitaría en adelante apoyarse sobre una milicia formada por los ciudadanos (pero de la que habría que excluir a la *infima plebs*). Finalmente, si pensamos en el carácter mismo de la república, ésta no constituiría un régimen entre otros, sino el buen régimen en sí mismo. Defendiendo su libertad defendería la libertad de todos.

Por último, no olvidemos este rasgo: el republicanismo asocia la idea de una resurrección de los antiguos, en particular Aristóteles (teórico del régimen mixto), así como de las instituciones romanas, a la idea de la creación de una sociedad y una ciencia nuevas. Para los humanistas de la época, el deseo de proponerse como herederos de los romanos va aparejado con la conciencia de la diferencia de tiempos y con el deseo de modelar el mundo presente. No sólo habría que oponer la tradición de los antiguos a la de los teólogos y juristas medievales; el republicanismo florentino es una ideología conquistadora.

E. M.: ¿Cómo se sitúa Maquiavelo respecto de esta forma de republicanismo?

C. L.: Sabemos qué influencia ejercieron las obras de Maquiavelo en el pensamiento republicano en Europa, pese a la leyenda negra que

las envolvió y que con frecuencia captó la atención de los historiadores. Aunque la enseñanza de Maquiavelo fuera frecuentemente confundida con la de los humanistas cívicos, no cabe duda de que se desvinculó de ellos y se empleó en la tarea de hacer prevalecer en su tiempo una nueva concepción de la república. La república no podría asegurar la armonía de la sociedad, pues la sociedad está siempre dividida, y no puede más que estarlo, entre dominantes y dominados. Todo consiste en saber la suerte que se hace correr a la división. O bien es proyectada en la naturaleza: tal es la solución que se impone con el despotismo, en el que *uno solo* detenta la propiedad de la tierra y reina también sobre el conjunto de sus súbditos; pero también la que se impone con la monarquía limitada, en la que el príncipe se apoya en el poder de los barones que poseen fortalezas y tienen una masa de hombres que dependen personalmente de ellos. Por diferentes que sean los dos regímenes, cuyos ejemplos típicos son, por un lado, la potencia turca y, por otro, la monarquía francesa, tienen como fundamento la desigualdad natural. O bien la división es reconocida de manera tácita como meramente social: entonces se ejerce sobre el fondo de la igualdad; tal es la característica de las repúblicas. Pero dada esta hipótesis se presentan dos casos: en el primero, las instituciones son organizadas de tal manera que la capa dominante se dedica a circunscribir dentro de sus fronteras el ejercicio de los derechos políticos, siendo su objetivo permanente protegerse contra la amenaza que el pueblo hace gravitar sobre sus intereses; en el segundo, el pueblo es dominado pero goza de la posibilidad, aunque sea por medios salvajes, de hacer valer sus reivindicaciones y de conquistar un sitio en el sistema político por el hecho de que las circunstancias no permitieron excluirlo de la ciudadanía. Esparta y Venecia se clasifican en una categoría; Roma y Florencia, en otra.

Maquiavelo pondera en un momento las ventajas y los inconvenientes de los dos modelos como si no hubiera que tomar partido y como si finalmente la elección dependiera de manera capital de la voluntad de conservar el orden adquirido, o de aumentar mediante conquista el poder del Estado: así, se observa que el patriciado romano, para entregarse a una política de expansión, tuvo que solicitar el apoyo del pueblo y a la vez arriesgarse a hacerle concesiones. Pero, por importante que sea este argumento, no muestra todo el pensamiento de Maquiavelo, pues una vez admitido que cualquier Estado se encuentra expuesto a la agresión de un enemigo, debemos concluir, aunque no tuviera la intención o los medios de extenderse, que al Estado le es necesario ser poderoso y que su potencia se mide por la adhesión que le da el conjunto de los ciudadanos. Los imperativos políticos se conjugan, pues, siempre con los militares. Un Estado poderoso es un Estado en el que los ciudadanos son capaces de movilizarse para defender sus derechos a participar en los asuntos

públicos, para hacer valer sus aspiraciones y sus intereses, y en el que son capaces, asimismo, de movilizarse para la defensa de la Ciudad. Esparta y Venecia, cuyos méritos señala hábilmente Maquiavelo, parecen ciertamente repúblicas disminuidas, pues la estabilidad y la concordia que testimonian, y que son la admiración de los conservadores florentinos, fueron adquiridas al precio de un repliegue en la política del menor riesgo. En suma, para una oligarquía republicana, como para un príncipe, el primer enemigo es el enemigo interior: el pueblo llano.

*E. M.: Maquiavelo se distancia, sin embargo, de la idealización republicana de Roma, ¿no es así?*

*C. L.:* Maquiavelo, a quien la posteridad imputa una idealización de Roma, realiza, a la inversa, un examen crítico de los principios de la República romana que rompe con la mitología de los humanistas del siglo precedente. Toma a Tito Livio como guía pero, bajo el nombre de esta autoridad comúnmente respetada, introduce una interpretación que lo separa de él. La grandeza de Roma no se muestra ni en los signos de la unión del pueblo, ni en los signos de la virtud y la sabiduría del Senado, tan queridos para sus predecesores. Éstos veían la causa de la destrucción de la República en los disturbios provocados por los Gracos y el desarrollo de facciones. Maquiavelo responde: «Creo que los que condenan los tumultos entre los nobles y la plebe atacan lo que fue la causa principal de la libertad de Roma, se fijan más en los ruidos y gritos que nacían de esos tumultos que en los buenos efectos que produjeron y no consideran que en toda república hay dos humores diferentes: el de los Grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos»<sup>4</sup>. O incluso dice, siguiendo el mismo espíritu: «Los deseos de los pueblos libres raramente son dañosos a la libertad, porque nacen, o de sentirse oprimidos, o de sospechar que puedan llegar a estarlo»<sup>5</sup>. *Humores, deseos*, estas palabras tienen el poder singular de evocar la *vida* de una sociedad, no forman parte del lenguaje noble de la razón. Evocan la idea de una fuerza que viene de abajo, que resiste a la opresión, a la que sólo la república puede abrir paso cuando cumple su razón de ser: dar figura a la libertad política; esto es lo que por sí solo da un significado nuevo al republicanismo. Éste no es «democrático» en el sentido clásico del término: Maquiavelo no permite suponer, cualquiera que sea la sociedad de que se trate, que el pueblo pueda estar en posesión del ejercicio del poder. Más bien sugiere que por todos sitios encontramos una capa dirigente o, mejor, dominante; pero lo que le importa es que choque con una

4. N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, trad. de Ana Martínez Arancón, Alianza, Madrid, 1987, Libro 1, cap. 4, p. 39.

5. *Ibid.*, p. 40.

oposición, que sus apetitos de poder y riqueza sean contenidos, que su interés mismo le mande moderación. De hecho insiste en que es una ilusión creer que los que dominan no estén nunca satisfechos con lo que poseen, que su superioridad ofrezca una garantía de su sabiduría, pues la avidez de los Grandes no tiene límites y sólo encuentra término en la resistencia del otro<sup>6</sup>. No hay, por tanto, simetría alguna entre los dos humores. Los Grandes desean mandar, oprimir, y el pueblo desea no ser mandado ni oprimido. Maquiavelo hace la misma observación en *El Príncipe*<sup>7</sup>, pero la fórmula es tanto más vigorosa al ser aplicada a la república; y la inversión de lo positivo en lo negativo implica una diferencia de naturaleza del deseo. Los Grandes desean tener; el pueblo desea ser. La libertad está ligada al deseo del pueblo no porque éste sea bueno, sino porque este deseo, cuando puede expresarse, rompe la lógica de la apropiación. Así es como Maquiavelo puede retomar a la vez el lenguaje humanista sobre la virtud, las buenas costumbres, la buena educación, las buenas leyes y someterlo a una notable distorsión: «No se puede llamar en modo alguno desordenada una república donde existieron tantos ejemplos de virtud, porque los buenos ejemplos nacen de la buena educación, la buena educación de las buenas leyes y las buenas leyes de esas diferencias internas que muchos, desconsideradamente, condenan»<sup>8</sup>.

No hay ningún fetichismo de la virtud, de la educación, de la ley: éstas sólo tienen sentido en una sociedad efervescente en la que la definición del bien, de la justicia, de la legitimidad está siempre en cuestión y en la que los imperativos de la conservación se combinan con los de la innovación.

*E. M.: A los ojos de Maquiavelo, ¿cuál sería el mejor régimen político? ¿Una república capaz de impedir que el deseo de dominación se despliegue?*

*C. L.:* En efecto, el deseo del pueblo, más fiable que el de la capa dominante, sólo se sostiene oponiéndose al deseo contrario, el deseo de dominación, pero, ¡cuidado!, sin pretender suprimirlo. La mejor república no es sólo que no lo consiga, sino que no persigue suprimir el mando, el cual encerrará siempre la posibilidad de opresión. Allí donde se extienden las instituciones libres, subsisten los Grandes; y éstos persiguen sus propios objetivos: la riqueza, el poder, los honores. A su manera son libres; sus apetitos, sin embargo, están contenidos; la ley los frena. Además, por obstinado que fuera el deseo del pueblo, nunca alcanzaría

6. Cf. *ibid.*, Libro V, cap. 1.

7. Cf. N. Maquiavelo, *El príncipe*, trad. de H. Puigdomenech, Madrid, Tecnos, 1988, cap. IX: «Del principado civil», p. 38.

8. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, cit., p. 39.

su objetivo. El pueblo no puede hacerse libre, si ser libre supone librarse de toda forma de gobierno.

La mejor república no acaba con el problema político. Se distingue más bien por un abandono tácito de la idea de solución, por la acogida que hace a la división y, por efecto de ésta, al cambio; y, a la vez, por las oportunidades que ofrece a la acción. En las otras formas de gobierno sólo hay un actor principal, o una minoría. En la tiranía, el príncipe posee el monopolio de la acción, incluso cuando pueda entrar en escena el conspirador. En la oligarquía el juego es más abierto, sus miembros se vigilan unos a otros y buscan eventualmente tomar la delantera. En cambio, en una república del tipo de la República romana es considerable el número de ciudadanos que en el curso del tiempo asumen responsabilidades y toman iniciativas cuyos efectos son decisivos para la suerte del régimen. En el capítulo VI del Libro I de los *Discursos*, justo antes de concluir que el mejor modelo es Roma y que sus divisiones le fueron benéficas, Maquiavelo observa que «[...] como las cosas de los hombres están siempre en movimiento y no pueden permanecer estables, es preciso subir o bajar [...] y como no se puede, en mi opinión, mantener el equilibrio ni quedar indefinidamente en el justo medio, es preciso, al establecer la república, tomar el partido más honorable y organizarla de modo que, cuando la necesidad la obligue a engrandecerse, pueda hacerlo y sea capaz de conservar lo que conquista»<sup>9</sup>. Tal es la razón por la que la mejor república es superior a todos los otros regímenes: se presta al movimiento. Experimentando la inestabilidad consigue obtener la mayor estabilidad. Pero, además, haciendo sensible la indeterminación que se vincula a toda institución humana, permite descubrir el papel del individuo, una capacidad de juzgar y de actuar que, cualesquiera que sean sus motivos o sus móviles, excede del marco de sus instituciones, de sus leyes o de sus costumbres.

París, primavera-verano de 2009

9. *Ibid.*, p. 48.